## La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | 3 | | K | | |
| | | L | | | | 3 | J |
| | | | | | | | |
| | | | N | 2 | | | M |
| | | | | | | | |
| | | | | | | | |
| | | | | | | | |
| | | | | | | | |

**SOLUCION**

J=Rey; K=Dama; L=Alfil; M=Caballo; N=Torre.

## Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

| | | | | B | R |
|---|---|---|---|---|---|
| | | | | 4 | 0 |
| 7 | 3 | 2 | 6 | 1 | 0 |
| 4 | 9 | 6 | 3 | 1 | 1 |
| 2 | 8 | 1 | 4 | 1 | 0 |
| 7 | 5 | 0 | 4 | 0 | 1 |

**SOLUCION** 5916

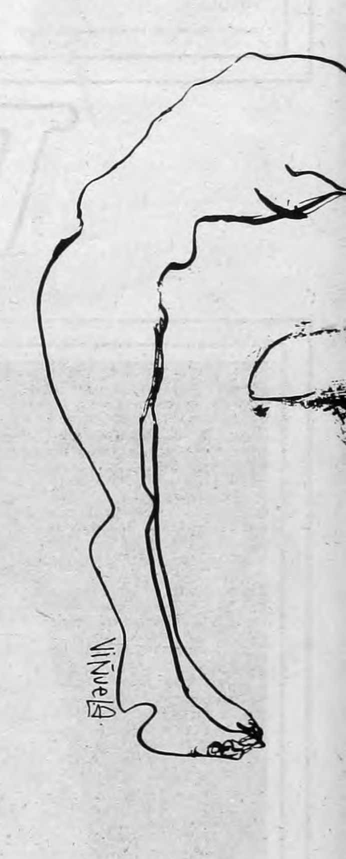
# Verano/12



# EJECUTIVO

(*Por Joan Barril*) Supo que se encontraba irremisiblemente de vacaciones el día que quiso estar reunido y no pudo. A pesar de todo, lo intentó. Instaló una mesa en el garaje, puso a su alrededor unas cuantas sillas, encendió medio paquete de cigarrillos y dijo a su mujer que no lo molestaran porque estaba reunido. Ella le contestó con alguna petición urgente. Algo así como qué hacemos con el butano o para qué hora te va bien que encargue las pizzas. Y él, desesperado en su reunión de tramoya, intentaba encontrar una solución a esas preguntas trascendentales. Probablemente hubo algún día en que debió ser un experto en alguna cosa. En los pozos del recuerdo afloraba de vez en cuando la memoria de alguna licenciatura que lo facultó para el ejercicio de extrañas habilidades. Pero todo se había ido diluyendo en años y años de reuniones. La reunión se había convertido en un fin en sí mismo donde se colegiaba la mediocridad de los reunidos y las decisiones destilaban la indecisión de los tímidos. Cada reunión era un galanteo hacia la nada, ese tiempo pegajoso ganado minuto a minuto para justificar otra reunión que prolongara la primera y que diera sentido a la tercera. La reunión era para él la ascesis de una profesionalidad incierta. Llevaba años sin ejecutar nada, y esto lo convertía en el más brillante de los ejecutivos. Y ahora, en vacaciones, se le exigía una decisión diaria tomada en la emergencia de una cocina sin combustible o de un almuerzo improvisado. Pensó en el extraño primitivismo que subyacía en la vida del ocio, ahí donde todo es el resultado animal del cuerpo y no del debate. Tuvo miedo ante el riesgo de escoger la pizza equivocada sin el apoyo solidario de sus otros reunidos. ¿Mar o montaña? ¿Carne o pescado? ¿Con o sin azúcar? Parece ser que lleva una semana en el garaje, reunido con sus sillas vacías y su humo de cigarrillos, dándose la razón en todo y aplazando decisiones, como siempre.

# EL KARMA DE CIERTAS CHICAS



**Por Juan Forn**

*Para Luz, que llegó después de este cuento*

Juan Forn tiene 31 años. Publicó "Corazones cautivos más arriba" (novela, 1987) y "Conversaciones con Enrique Pinti" (1990). Tradujo del inglés a Hemingway, Chandler y Salinger, entre otros, y trabajó como *ghost-writer* de libros de autoayuda y novelas de política-ficción e históricas. Fue asesor literario de Emecé y actualmente es director editorial de Planeta, donde publicará en el próximo mes de abril "Nadar de noche". Este es uno de los cuentos que formarán parte de dicho libro.

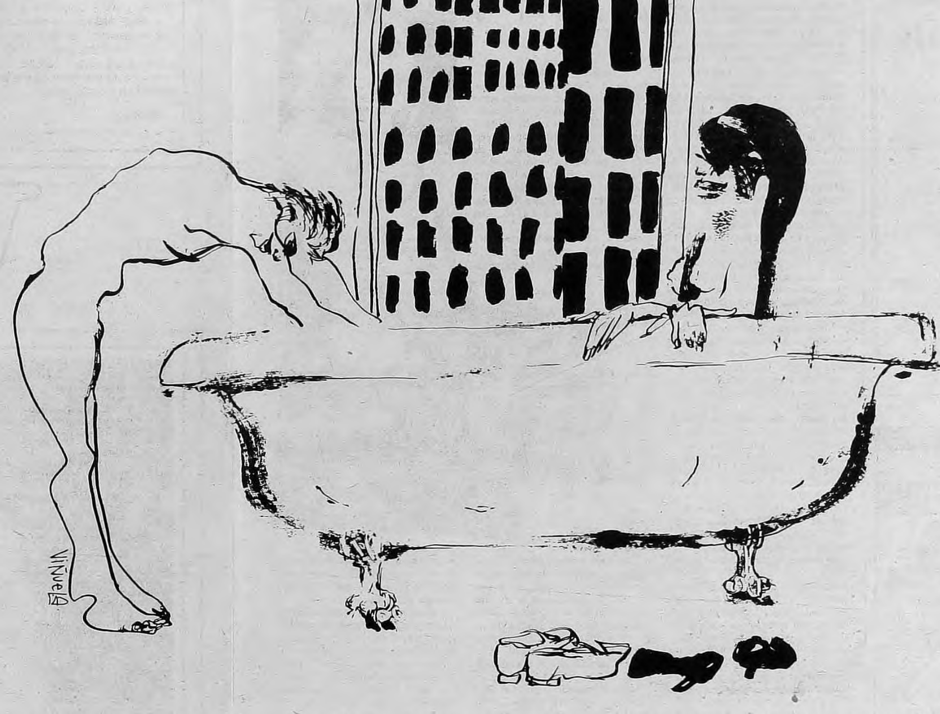
Estaban discutiendo a gritos cuando se apagó la luz. *Ellos* creían que estaban discutiendo a gritos, o eso es lo que hubieran creído de tener que medir el grado de violencia de la discusión. En realidad, no gritaban para nada, ni los oía ningún vecino, aunque esa preocupación no se les cruzara por la cabeza. Antes quizá sí, cuando empezó todo, como siempre, pero habían llegado a ese momento en que se dicen cosas que uno ni siquiera sabía que tenía adentro, cosas que solamente parecen ciertas en lo peor de una discusión y después no alcanza la vida para arrepentirse de haber dicho, porque quedan grabadas para siempre en el rincón más vulnerable del otro. Era de día, eran las siete de la tarde y por eso no se dieron cuenta cuando se cortó la luz. Ella ya dejaba que el pelo le tapase la cara, fumaba como un vampiro y decía con voz increíblemente áspera cosas como: "Por supuesto que estoy harta, y por supuesto que tengo razón. Vos no entendés nada. Vivís en tu burbuja, y todo lo que no te interesa lo ignorás olímpicamente. Si ves un ciego por la calle te fijás en el bastón, o en los anteojos, o en el perro, pero ni se te ocurre pensar que el pobre *no ve*. Si alguien cuenta que está angustiado, lo que te asombra es que no haya ido al cine a ver la última película que te gustó a vos. ¿Y querés saber lo que *más* me revienta? Que siempre trates de pasarla lo mejor posible. Incluso cuando se supone que estás sufriendo. Eso es lo que más me revienta de vos". El no podía parar de ir y venir por el living, de morderse el labio de abajo y el de arriba y repetir: "¿Que yo qué? ¿Ah sí? No me digas".

Después la discusión terminó. O los agotó. Ella movió un par de veces la cabeza mientras daba la última pitada, apagó el cigarrillo y se fue por el corredor. El no fue a ningún lado. Se sentó, por fin, y estuvo mirando por la ventana hasta que le dolió el cuello de tenerlo tanto tiempo torcido. Cuando volvió a mirar el living se dio cuenta de que ya era de noche. No sólo de eso, aunque fue lo que descubrió primero. También supo, de pronto, que ya no la quería. Y peor: que ella lo dominaba. Así pensó: antes yo era salvaje, tenía polenta, no pensaba estas cosas; ella me volvió blando, ahora cuando estoy enfurecido pienso cómo tendría que mostrar que estoy enfurecido, ella es una mierda, ella tiene la culpa y es mucho más idiota de lo que cree si no piensa que yo estoy mucho más harto que ella.

Pensó en otras chicas. Primero empezó a retroceder en el tiempo hasta verse menos poca cosa, hasta verse con otras chicas casi como un héroe, con otras con las cuales no había durado ni un suspiro y por eso parecía tan invulnerablemente joven. Pensó en cada una de sus novias: las que no llegó a besar, las que besó pero no llegó a enamorar del todo, las que le permitieron todo pero no le gustaban tanto. Le parecieron pocas. Entonces pensó en aquellas con las que pudo serle infiel a ella y no fue. Pero no tenía la absoluta seguridad de que hubieran estado realmente dispuestas. Así que pasó a las amigas de sus amigos. Empezaron a desfilar por su cabeza escenas fugaces en cocinas y pasillos, silencios levemente incómodos y cargados de sentido, miradas furtivas, torpes, intensas. Todas las escenas venían con ruido de fondo, carcajadas, música, vasos y botellas tintineando, voces que tapaban otras voces.

Iba a pasar las amigas de ella pero se quedó sin fuerzas. Volvió a odiarla por haberle quitado la ferocidad, por haber acelerado el paso del tiempo. Pensó en cómo creía él que iba a ser a los veintiséis cuando tenía veinte años. No; ése no era el problema. La casa. Eso sí. Se alivió de que hubiera espacio suficiente para que pudieran en ese momento no verse o ignorarse, y se volvió a amargar cuando pensó que uno de los dos iba a quedarse con la casa, que uno de los dos tendría que irse (él, le daba odio que fuese él), o que tendrían que venderla. En la oscuridad total sintió que conocía esa casa de memoria, que podía ir y venir a oscuras sin chocarse con los muebles, acertando a tientas el lugar justo del picaporte, de la manija del cajón, de la perilla de la luz. Qué importaba que ella hubiese elegido los muebles y el color de las paredes. El trataba a la casa como a un ser vivo, él caminaba de noche por los

# EL KARMA DE CIERTAS CHICAS



**Por Juan Forn**

*Para Luz, que llegó después de este cuento*

Juan Forn tiene 31 años. Publicó "Corazones cautivos más arriba" (novela, 1987) y "Conversaciones con Enrique Pinti" (1990). Tradujo del inglés a Hemingway, Chandler y Salinger, entre otros, y trabajó como *ghost-writer* de libros de autoayuda y novelas de política-ficción e históricas. Fue asesor literario de Emecé y actualmente es director editorial de Planeta, donde publicará en el próximo mes de abril "Nadar de noche". Este es uno de los cuentos que formarán parte de dicho libro.

Estaban discutiendo a gritos cuando se apagó la luz. *Ellos* creían que estaban discutiendo a gritos, o eso es lo que hubieran creído de tener que medir el grado de violencia de la discusión. En realidad, no gritaban para nada, ni los oía ningún vecino, aunque esa preocupación no se les cruzara por la cabeza. Antes quizá sí, cuando empezó todo, como siempre, pero habían llegado a ese momento en que se dicen cosas que uno ni siquiera sabía que tenía adentro, cosas que solamente parecen ciertas en lo peor de una discusión y después no alcanza la vida para arrepentirse de haber dicho, porque quedan grabadas para siempre en el rincón más vulnerable del otro. Era de día, eran las siete de la tarde y por eso no se dieron cuenta cuando se cortó la luz. Ella ya dejaba que el pelo le tapase la cara, fumaba como un vampiro y decía con voz increíblemente áspera cosas como: "Por supuesto que estoy harta, y por supuesto que tengo razón. Vos no entendés nada. Vivís en tu burbuja, y todo lo que no te interesa lo ignorás olímpicamente. Si ves un ciego por la calle te fijás en el bastón, o en los anteojos, o en el perro, pero ni se te ocurre pensar que el pobre *no ve*. Si alguien cuenta que está angustiado, lo que te asombra es que no haya ido al cine a ver la última película que te gustó a vos. ¿Y querés saber lo que *más* me revienta? Que siempre trates de pasarla lo mejor posible. Incluso cuando se supone que estás sufriendo. Eso es lo que más me revienta de vos". El no podía parar de ir y venir por el living, de morderse el labio de abajo y el de arriba y repetir: "¿Que yo qué? ¿Ah sí? No me digas".

Después la discusión terminó. O los agotó. Ella movió un par de veces la cabeza mientras daba la última pitada, apagó el cigarrillo y se fue por el corredor. El no fue a ningún lado. Se sentó, por fin, y estuvo mirando por la ventana hasta que le dolió el cuello de tenerlo tanto tiempo torcido. Cuando volvió a mirar el living se dio cuenta de que ya era de noche. No sólo de eso, aunque fue lo que descubrió primero. También supo, de pronto, que ya no la quería. Y peor: que ella lo dominaba. Así pensó: antes yo era salvaje, tenía polenta, no pensaba estas cosas; ella me volvió blando, ahora cuando estoy enfurecido pienso cómo tendría que mostrar que estoy enfurecido, ella es una mierda, ella tiene la culpa y es mucho más idiota de lo que cree si no piensa que yo estoy mucho más harto que ella.

Pensó en otras chicas. Primero empezó a retroceder en el tiempo hasta verse menos poca cosa, hasta verse con otras chicas casi como un héroe, con otras con las cuales no había durado ni un suspiro y por eso parecía tan invulnerablemente joven. Pensó en cada una de sus novias: las que no llegó a besar, las que besó pero no llegó a enamorar del todo, las que le permitieron todo pero no le gustaban tanto. Le parecieron pocas. Entonces pensó en aquellas con las que pudo serle infiel a ella y no fue. Pero no tenía la absoluta seguridad de que hubieran estado realmente dispuestas. Así que pasó a las amigas de sus amigos. Empezaron a desfilar por su cabeza escenas fugaces en cocinas y pasillos, silencios levemente incómodos y cargados de sentido, miradas furtivas, torpes, intensas. Todas las escenas venían con ruido de fondo, carcajadas, música, vasos y botellas tintineando, voces que tapaban otras voces.

Iba a pasar las amigas de ella pero se quedó sin fuerzas. Volvió a odiarla por haberle quitado la ferocidad, por haber acelerado el paso del tiempo. Pensó en cómo creía él que iba a ser a los veintiséis cuando tenía veinte años. No; ése no era el problema. La casa. Eso sí. Se alivió de que hubiera espacio suficiente para que pudieran en ese momento no verse o ignorarse, y se volvió a amargar cuando pensó que uno de los dos iba a quedarse con la casa, que uno de los dos tendría que irse (él, le daba odio que fuese él), o que tendrían que venderla. En la oscuridad total sintió que conocía esa casa de memoria, que podía ir y venir a oscuras sin chocarse con los muebles, acertando a tientas el lugar justo del picaporte, de la manija del cajón, de la perilla de la luz. Qué importaba que ella hubiese elegido los muebles y el color de las paredes. El trataba a la casa como a un ser vivo, él caminaba de noche por los cuartos y conocía los más mínimos murmullos y crujidos de cada ambiente. El *hablaba* con la casa cuando tenía insomnio.

Entonces pensó en todas las cosas que no había podido hacer desde que estaba con ella. No hubo enumeración; las pensó en abstracto, como un todo que le faltaba entero y absolutamente, como una sola cosa indefinible. Ella seguramente no se daba cuenta de eso, tampoco. Ella ni siquiera se atrevía a pensar cosas y no hacerlas. Ella tenía más miedo, aunque el domesticado fuese él. Se sintió más generoso, más vulnerable, más herido y heroico que ella. En realidad, se empezaba a sentir como un estúpido.

No. Estúpido no; solo. Solo como una pizza bajo la lluvia. Eso era robado: Lou Reed, o Zappa, o algún otro. A oscuras uno está más solo, pensó, y eso sí que era de él. Siguió pensando: a oscuras de verdad, cuando hay apagón, cuando no existe la posibilidad de zafar, de prender una luz o la televisión, de poner un casete, de hojear una revista, de abrir la heladera, ni nada. A oscuras, en una casa a oscuras, en un barrio a oscuras. Como ahora. Afuera no se oía ni siquiera el caos del tránsito sin semáforos. Nada. Se asomó por la ventana. Cerró los ojos, volvió a abrirlos. Era igual. Entonces empezó a oír algo: un rumor. El rumor del pensamiento de todos los que estaban pensando lo mismo que él. Como si, en la oscuridad, los edificios se convirtieran en una colmena cerebral hiperactiva. De cada ventana abierta salía el mismo rumor, que espesaba más la noche húmeda y silenciosa. Eso era la soledad, eso era lo que estaban pensando todos los que estaban pensando lo mismo que él en ese momento. Que sus novias o mujeres no entendían un carajo de nada, que las chicas ajenas o solas quizá sí entendieran y quizás estarían encantadas de tener a su lado tipos así, de poder elegir.

Y también pensó que cuando volviese la luz todos iban a olvidarse ipso facto de lo que habían pensado. Prenderían la televisión, pondrían la música a todo volumen, se reconciliarían con sus chicas casi sin darse cuenta, en cuanto las viesen preparar una picadita o llegar de la rotisería con un paquete humeante de canelones. Como si lo que pasaba en esa oscuridad fuese algo provisorio, para matar la espera únicamente, como si no fuesen ellos los que pensaban sino el fastidio del apagón y de la inactividad obligada.

Pero a él no. El no iba a olvidarse de todas esas cosas. Y no sólo de eso. El empezaba a ver ahora lo que haría de su vida, a partir de ese momento. Algo sencillamente espectacular, tan simple y perfecto que le pareció increíble no haberlo pensado antes. Algo épico, solitario, altruista e insanamente divertido a la vez. Algo que consistiría en repetir y perfeccionar lo que se le ocurrió en un bar esa misma tarde, cuando la chica de la mesa de al lado pidió un agua mineral bien helada y él la vio tan enloquecedoramente perfecta que pensó: "Ni un submarino con tortas negras sería capaz de arruinarte, creeme". O lo que pudo decirle a la pelirroja de pecas y cara de sueño que vio subir a un colectivo esa mañana: "Hasta que te vi mi día era en blanco y negro". Eso era lo que iba a hacer. Porque esas dos chicas no sólo eran descomunales, también parecían tener una conciencia casi dolorosa de su belleza. Y parecían necesitar sutiles corroboraciones para seguir conviviendo con lo que eran. No piropos, sino *dosis verbales de fe*. Había millones de chicas por la calle que creían realmente que ser lindas era un problema, un verdadero karma que nadie parecía tomar en serio. Y él iba a convertirse en el auténtico paladín de todas esas chicas cuya belleza les exacerbaba la sensibilidad acerca de sí mismas y las inquietaba cada vez más. Una especie de peregrino sensual, inoculador de secreta fe en el corazón de las chicas más dolorosamente hermosas que se le cruzaran por el camino, y todo por el imperativo estético de defender el áspero fulgor de esa belleza. Calculó que, si se dedicaba a fondo a eso durante digamos veinte años, a la larga tendría la casi seguridad de ser, en gran medida, el artífice de la hermosura de todas las mujeres que pisaran las calles de Buenos Aires, el visionario descubridor de aquello que sería el elemento esencial de todas ellas, su más profunda identidad.

Y la culminación de ese apostolado sería que una de esas chicas, la más increíblemente hermosa y lúcida, la más eternamente joven de todas, se daría cuenta y se enamoraría de él, sentiría que había una complicidad esencial entre los dos y conseguiría que él abandonara su solitario peregrinaje y se fuese con ella a ser felices para siempre. ¿Infantil? Era una idea totalmente extraordinaria. O acaso no existían hombres capaces de apreciar eléctricamente la belleza femenina y el karma que significa la belleza para esas chicas. El asunto del romance coronando su tarea era, quizás, un poquito excesivo, ¿pero quién era él para negar los milagros?

Miró el reloj: la diez y dos minutos. Se levantó del sillón y volvió a asomarse por la ventana. Iba a gritar, o algo así. Qué esperaban los de SEGBA para devolver la luz. Empezó a decir en voz baja: "Ahora, ahora, ya viene, falta poco, cada vez falta menos, que vuelva de una puta vez". Tanteó hasta encontrar la perilla de la lámpara. Apretó, pero nada. Respiró hondo, contó de sesenta hasta cero y volvió a probar. Nada.

Entonces empezó la picazón. De golpe, porque sí. Se pasó la mano por la cara, después se rascó con las uñas, pero le picaba en el hueso. Empezó a frotarse la mandíbula con las dos manos, con una suave y con la otra fuerte, y a ponerse nervioso. Pensó que se le estaba hinchando la cara, y de pronto tuvo la imperiosa necesidad de comprobar frente al espejo si su mandíbula estaba igual que siempre. Fue hasta el baño, sin hacer ruido, descalzo como estaba. Se acercó al espejo y apoyó las manos en el vidrio. Apenas alcanzaba a distinguir un charco de negrura frente a su cara. Apoyó la frente, cerró y abrió los ojos. La picazón iba cediendo. Pensó por qué las disyuntivas tenían que ser así de terribles. O era él que se planteaba las cosas a la tremenda. Había algo que justificaba empezar de nuevo con todo el razonamiento, pero de sólo pensarlo volvía a sentir esa piedra de odio en el plexo, ya fría, cada vez más fría. Hasta de eso tenía la culpa ella, hasta el odio le había domesticado.

Entonces volvió la luz. No en el baño, pero sí en otras partes de la casa y en las ventanas del edificio de enfrente. Oyó un murmullo que podía ser de alegría o de revancha y empezaron a sonar de golpe televisores y radios. El pensó: fin del interludio reflexivo, la vida continúa. Pero no se movió. Alcanzaba a distinguir las cosas que había sobre la mesada del baño, por la claridad que entraba por la ventana y llegaba del living: el vaso con los cepillos de dientes, la Prestobarba azul, los frascos de perfume de ella. Retrocedió dos pasos y miró hacia la ventana. Pero ahí se quedó, clavado al piso. La bañadera estaba llena de agua, y en el agua estaba ella. Desnuda, con los ojos cerrados, la frente llena de gotitas de agua y el pelo empapado echado hacia atrás, sobresaliendo del borde, suspendido en el aire y goteando.

Pensó: está mojando el piso. Pensó: está muerta. Pero el agua se movía casi imperceptiblemente, al ritmo de la respiración de ella. Miró un rato largo las tetas que subían y bajaban apenas en el agua. Pensó: está dormida, no le importa que vuelva la luz, ni siquiera se dio cuenta de que estuvimos a oscuras, porque ella no piensa, no se plantea nada, nunca va más allá de ella misma. Pensó: ya no la quiero. Pensó: y ella, ¿me querrá?

Retrocedió dos pasos más, agarró uno de los cepillos de dientes, siguió retrocediendo hasta salir del baño y se lo tiró desde ahí. Ella se despertó en el acto. Chapoteó ridículamente, estiró las piernas bajo el agua y, echando la cabeza más para atrás y un poco al costado, dijo, demasiado fuerte, como si fuese necesario que la oyeran en toda la casa.

—Miguel, ¿volvió la luz?

El se quedó en donde estaba, aguantando la respiración. Ella volvió a llamarlo, pero esta vez dijo *Miguelito*. El pensó: puta de mierda. Pensó: debería matarla en este momento. Después prendió la luz del pasillo y quedó con las manos apoyadas en el marco de la puerta del baño.

—¿Estabas ahí todo el tiempo? —dijo ella—. Me quedé totalmente dormida, que increíble. ¿Es muy tarde?

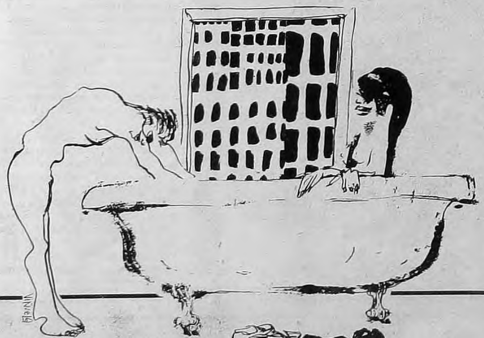
—Tarde para qué —dijo él.

Ella se incorporó un poco, movió la cabeza para un lado y para el otro y se pasó la mano por la nuca.

—No sé —dijo con esa voz que a él le ponía los pelos de punta—. Para que me dés un masaje, por ejemplo. —Y miró de reojo hacia la puerta.

El seguía como hipnotizado el movimiento de la mano que iba y volvía por el cuello, debajo del pelo mojado. Sintió que algo cedía y algo se endurecía en su cuerpo, y pensó que, si realmente iba a convertirse en el paladín sensual de las mujeres, tenía enfrente una que parecía necesitar una ayudita para seguir soportando su belleza. En el momento en que se frenó delante de la bañadera ella miró hacia arriba y le dijo, formando las palabras sin sonido: *¿Hacemos las paces?* Después, la sonrisa fue atenuándosele en la boca y le empezó a brillar en el fondo de los ojos, temible y desvalida al mismo tiempo.

Mientras se metía en la bañadera, él pensó si eso que estaba pasando era el principio de una maratón altruista o apenas una claudicación más. Pero no le importó demasiado; siempre le había resultado difícil pensar adentro del agua.





cuartos y conocía los más mínimos murmullos y crujidos de cada ambiente. El *hablaba* con la casa cuando tenía insomnio.

Entonces pensó en todas las cosas que no había podido hacer desde que estaba con ella. No hubo enumeración; las pensó en abstracto, como un todo que le faltaba entero y absolutamente, como una sola cosa indefinible. Ella seguramente no se daba cuenta de eso, tampoco. Ella ni siquiera se atrevía a pensar cosas y no hacerlas. Ella tenía más miedo, aunque el domesticado fuese él. Se sintió más generoso, más vulnerable, más herido y heroico que ella. En realidad, se empezaba a sentir como un estúpido.

No. Estúpido no; solo. Solo como una pizza bajo la lluvia. Eso era robado: Lou Reed, o Zappa, o algún otro. A oscuras uno está más solo, pensó, y eso sí que era de él. Siguió pensando: a oscuras de verdad, cuando hay apagón, cuando no existe la posibilidad de zafar, de prender una luz o la televisión, de poner un casete, de hojear una revista, de abrir la heladera, ni nada. A oscuras, en una casa a oscuras, en un barrio a oscuras. Como ahora. Afuera no se oía ni siquiera el caos del tránsito sin semáforos. Nada. Se asomó por la ventana. Cerró los ojos, volvió a abrirlos. Era igual. Entonces empezó a oír algo: un rumor. El rumor del pensamiento de todos los que estaban pensando lo mismo que él. Como si, en la oscuridad, los edificios se convirtieran en una colmena cerebral hiperactiva. De cada ventana abierta salía el mismo rumor, que espesaba más la noche húmeda y silenciosa. Eso era la soledad, eso era lo que estaban pensando todos los que estaban pensando lo mismo que él en ese momento. Que sus novias o mujeres no entendían un carajo de nada, que las chicas ajenas o solas quizá sí entendieran y quizás estarían encantadas de tener a su lado tipos así, de poder elegir.

Y también pensó que cuando volviese la luz todos iban a olvidarse ipso facto de lo que habían pensado. Prenderían la televisión, pondrían la música a todo volumen, se reconciliarían con sus chicas casi sin darse cuenta, en cuanto las viesen preparar una picadita o llegar de la rotisería con un paquete humeante de canelones. Como si lo que pasaba en esa oscuridad fuese algo provisorio, para matar la espera únicamente, como si no fuesen ellos los que pensaban sino el fastidio del apagón y de la inactividad obligada.

Pero a él no. El no iba a olvidarse de todas esas cosas. Y no sólo de eso. El empezaba a ver ahora lo que haría de su vida, a partir de ese momento. Algo sencillamente espectacular, tan simple y perfecto que le pareció increíble no haberlo pensado antes. Algo épico, solitario, altruista e insanamente divertido a la vez. Algo que consistiría en repetir y perfeccionar lo que se le ocurrió en un bar esa misma tarde, cuando la chica de la mesa de al lado pidió un agua mineral bien helada y él la vio tan enloquecedoramente perfecta que pensó: "Ni un submarino con tortas negras sería capaz de arruinarte, creeme". O lo que pudo decirle a la pelirroja de pecas y cara de sueño que vio subir a un colectivo esa mañana: "Hasta que te vi mi día era en blanco y negro". Eso era lo que iba a hacer. Porque esas dos chicas no sólo eran descomunales, también parecían tener una conciencia casi dolorosa de su belleza. Y parecían necesitar sutiles corroboraciones para seguir conviviendo con lo que eran. No piropos, sino *dosis verbales de fe.* Había millones de chicas por la calle que creían realmente que ser lindas era un problema, un verdadero karma que nadie parecía tomar en serio. Y él iba a convertirse en el auténtico paladín de todas esas chicas cuya belleza les exacerbaba la sensibilidad acerca de sí mismas y las inquietaba cada vez más. Una especie de peregrino sensual, inoculador de secreta fe en el corazón de las chicas más dolorosamente hermosas que se le cruzaran por el camino, y todo por el imperativo estético de defender el áspero fulgor de esa belleza. Calculó que, si se dedicaba a fondo a eso durante digamos veinte años, a la larga tendría la casi seguridad de ser, en gran medida, el artífice de la hermosura de todas las mujeres que pisaran las calles de Buenos Aires, el visionario descubridor de aquello que sería el elemento esencial de todas ellas, su más profunda identidad.

Y la culminación de ese apostolado sería que una de esas chicas, la más increíblemente hermosa y lúcida, la más eternamente joven de todas, se daría cuenta y se enamoraría de él, sentiría que había una complicidad esencial entre los dos y conseguiría que él abandonara su solitario peregrinaje y se fuese con ella a ser felices para siempre. ¿Infantil? Era una idea totalmente extraordinaria. O acaso no existían hombres capaces de apreciar eléctricamente la belleza femenina y el karma que significa la belleza para esas chicas. El asunto del romance coronando su tarea era, quizás, un poquito excesivo, ¿pero quién era él para negar los milagros?

Miró el reloj: la diez y dos minutos. Se levantó del sillón y volvió a asomarse por la ventana. Iba a gritar, o algo así. Qué esperaban los de SEGBA para devolver la luz. Empezó a decir en voz baja: "Ahora, ahora, ya viene, falta poco, cada vez falta menos, que vuelva de una puta vez". Tanteó hasta encontrar la perilla de la lámpara. Apretó, pero nada. Respiró hondo, contó de sesenta hasta cero y volvió a probar. Nada.

Entonces empezó la picazón. De golpe, porque sí. Se pasó la mano por la cara, después se rascó con las uñas, pero le picaba en el hueso. Empezó a frotarse la mandíbula con las dos manos, con una suave y con la otra fuerte, y a ponerse nervioso. Pensó que se le estaba hinchando la cara, y de pronto tuvo la imperiosa necesidad de comprobar frente al espejo si su mandíbula estaba igual que siempre. Fue hasta el baño, sin hacer ruido, descalzo como estaba. Se acercó al espejo y apoyó las manos en el vidrio. Apenas alcanzaba a distinguir un charco de negrura frente a su cara. Apoyó la frente, cerró y abrió los ojos. La picazón iba cediendo. Pensó por qué las disyuntivas tenían que ser así de terribles. O era él que se planteaba las cosas a la tremenda. Había algo que justificaba empezar de nuevo con todo el razonamiento, pero de sólo pensarlo volvía a sentir esa piedra de odio en el plexo, ya fría, cada vez más fría. Hasta de eso tenía la culpa ella, hasta el odio le había domesticado.

Entonces volvió la luz. No en el baño, pero sí en otras partes de la casa y en las ventanas del edificio de enfrente. Oyó un murmullo que podía ser de alegría o de revancha y empezaron a sonar de golpe televisores y radios. El pensó: fin del interludio reflexivo, la vida continúa. Pero no se movió. Alcanzaba a distinguir las cosas que había sobre la mesada del baño, por la claridad que entraba por la ventana y llegaba del living: el vaso con los cepillos de dientes, la Prestobarba azul, los frascos de perfume de ella. Retrocedió dos pasos y miró hacia la ventana. Pero ahí se quedó, clavado al piso. La bañadera estaba llena de agua, y en el agua estaba ella. Desnuda, con los ojos cerrados, la frente llena de gotitas de agua y el pelo empapado echado hacia atrás, sobresaliendo del borde, suspendido en el aire y goteando.

Pensó: está mojando el piso. Pensó: está muerta. Pero el agua se movía casi imperceptiblemente, al ritmo de la respiración de ella. Miró un rato largo las tetas que subían y bajaban apenas en el agua. Pensó: está dormida, no le importa que vuelva la luz, ni siquiera se dio cuenta de que estuvimos a oscuras, porque ella no piensa, no se plantea nada, nunca va más allá de ella misma. Pensó: ya no la quiero. Pensó: y ella, ¿me querrá?

Retrocedió dos pasos más, agarró uno de los cepillos de dientes, siguió retrocediendo hasta salir del baño y se lo tiró desde ahí. Ella se despertó en el acto. Chapoteó ridículamente, estiró las piernas bajo el agua y, echando la cabeza más para atrás y un poco al costado, dijo, demasiado fuerte, como si fuese necesario que la oyeran en toda la casa.

—Miguel, ¿volvió la luz?

El se quedó en donde estaba, aguantando la respiración. Ella volvió a llamarlo, pero esta vez dijo *Miguelito*. El pensó: puta de mierda. Pensó: debería matarla en este momento. Después prendió la luz del pasillo y quedó con las manos apoyadas en el marco de la puerta del baño.

—¿Estabas ahí todo el tiempo? —dijo ella—. Me quedé totalmente dormida, que increíble. ¿Es muy tarde?

—Tarde para qué —dijo él.

Ella se incorporó un poco, movió la cabeza para un lado y para el otro y se pasó la mano por la nuca.

—No sé —dijo con esa voz que a él le ponía los pelos de punta—. Para que me dés un masaje, por ejemplo. —Y miró de reojo hacia la puerta.

El seguía como hipnotizado el movimiento de la mano que iba y volvía por el cuello, debajo del pelo mojado. Sintió que algo cedía y algo se endurecía en su cuerpo, y pensó que, si realmente iba a convertirse en el paladín sensual de las mujeres, tenía enfrente una que parecía necesitar una ayudita para seguir soportando su belleza. En el momento en que se frenó delante de la bañadera ella miró hacia arriba y le dijo, formando las palabras sin sonido: *¿Hacemos las paces?* Después, la sonrisa fue atenuándosele en la boca y le empezó a brillar en el fondo de los ojos, temible y desvalida al mismo tiempo.

Mientras se metía en la bañadera, él pensó si eso que estaba pasando era el principio de una maratón altruista o apenas una claudicación más. Pero no le importó demasiado; siempre le había resultado difícil pensar adentro del agua.

## MAR DEL PLATA

**Cine a la luz de la luna.** La propuesta es un regalo ideal para cinéfilos de vacaciones. Todos los martes y miércoles de enero y febrero a las 22.30, el Parque de Villa Victoria Ocampo se transforma en una sala de dimensiones gigantescas. Allí la Fundación Cultural Cine Arte Mar del Plata, con el auspicio de **Página/12** y el patrocinio de Coarco S.A., presenta el ciclo Cine en el Parque, con una selección de clásicos y una serie de films de realización reciente. Hoy se proyecta *La reina africana* (Estados Unidos, 1951) dirigida por John Huston y basada en la novela de C.S. Forester.

Protagonizada por Humphrey Bogart y Katherine Hepburn, la película hizo historia con las aventuras de un capitán de barco que huye de los alemanes durante la Primera Guerra Mundial junto a una solterona. Mañana se verá *Historias de Nueva York* (Estados Unidos, 1989) el film compuesto por tres episodios que dirigen Martin Scorsese, Francis Ford Coppola y Woody Allen, respectivamente. Tres grandes del cine que comparten la fascinación por Manhattan y la expresan cada uno a su manera.

**El teatro que levanta vuelo.** Dos amigos que cuando los años les pesan en las espaldas deciden pilotear los recuerdos para volar hacia el pasado. Tal el eje de *Aeroplanos*, la obra teatral escrita y dirigida por Carlos Gorostiza que interpretan Carlos Carella y Pepe Novoa de martes a domingos a las 21 y a las 23 en el Teatro Roberto J. Payró ubicado en Boulevard Marítimo 2280. Una invitación para subirse a la nostalgia.

**Debutante.** En el mismo teatro, hasta el 13 de este mes, el elenco de la comedia de la provincia de Buenos Aires presenta *El debut de la piba*, de Roberto Cayrol. Dirigido por Jorge Laurenti, el antiguo sainete criollo incorpora en esta puesta una serie de elementos circenses que apuntan a acercarlo al comic. Los protagonistas son Silvia Aiace, Martha Marotta, Angel Balestrini, Marcelo Gaspari, Esteban Lauró y Jorge Taglioni. Los músicos, Omar Falcón (bandoneón) y Carlos González (guitarra). Las funciones son a la 0.45. Madrugadores, abstenerse.




**Rock in Mar del Plata.** Se hará en el Patinódromo Municipal, un estadio con capacidad para más de diez mil personas. Comenzará el sábado 12 con Charly García y Fito Páez, el 17 se presentará Billy Idol y el 24 subirán al escenario Soda Stereo y el flaco Spinetta. Las entradas ya están en venta.

**Llegaré y seré los Muvis.** Canciones, magia, humor y disparate para los chicos ofrecen los personajes del espectáculo *Llegaron los Muvis* que se presentó durante cuatro meses en Buenos Aires, en versión teatral y que ocuparon la pantalla chica. Con libro de Héctor Berra, canciones del mismo Berra y Javier Zetner y dirección coreográfica de Carlos Veiga, el show levanta el telón del Teatro Colón de martes a domingo a las 20.30 y en días nublados o lluviosos, cuando la playa es puro cuento, agregan funciones a las 17 y a las 19. Que se vengan los chicos.



**Romance epistolar.** Betiana Blum y Arturo Bonín son los protagonistas de *Love Letters*, en la temporada marplatense. Dirigida por Oscar Barney Finn, la propuesta de una pareja que recuerda su relación a partir de las cartas que se enviaron durante años, ocupó con elencos rotativos la cartelera porteña de 1989. Ahora, se presenta en el teatro Corrientes 2 de esta ciudad en el horario de las 22. Un plato fuerte del teatro a la carta.

## ENIGMA LOGICO

Cinco cuadros de Van Gogh, pintados en distintas ciudades, con distintas técnicas y en distintos años. Descubra cuándo realizó cada obra, dónde y cómo.

| | | CIUDAD | | | | | AÑO | | | | | TECNICA | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Arles | Arles | Auvers-sur-Oise | La Haya | Saint-Rémy | 1883 | 1888 | 1889 | 1889 | 1890 | Carbonilla | Lápiz | Oleo | Oleo | Tinta y pluma |
| OBRA | "Autorretrato ..." | | | | | | | | | | | | | | | |
| | "Campesinos ..." | | | | | | | | | | | | | | | |
| | "El sembrador" | | | | | | | | | | | | | | | |
| | "Jarrón con lirios" | | | | | | | | | | | | | | | |
| | "Niña arrodillada ..." | | | | | | | | | | | | | | | |
| TECNICA | Carbonilla | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Lápiz | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Oleo | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Oleo | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Tinta y pluma | | | | | | | | | | | | | | | |
| AÑO | 1883 | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 1888 | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 1889 | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 1889 | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 1890 | | | | | | | | | | | | | | | |

| OBRA | CIUDAD | AÑO | TECNICA |
|---|---|---|---|
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |

1. El "Autorretrato con la oreja cortada" fue realizado en la misma ciudad que la obra de 1888, y con la misma técnica que la obra de 1890.
2. "El sembrador" fue pintado años después que el cuadro realizado en La Haya, pero antes que "El jarrón con lirios".
3. El cuadro "Campesinos en torno de la mesa" fue hecho en Saint-Rémy de Provence.
4. El lápiz fue realizado varios años después que la carbonilla, y antes que el cuadro de Auvers-sur-Oise.
5. La tinta es anterior a 1889.



### SOLUCION

"Autorretrato con la oreja cortada", Arles, 1889, óleo.
"Campesinos en torno de la mesa", Saint-Rémy de Provence, 1889, lápiz.
"El sembrador", Arles, 1888, tinta y pluma.
"Jarrón con lirios", Auvers-sur-Oise, 1890, óleo.
"Niña arrodillada ante una cuna con un bebé", La Haya, 1883, carbonilla.